

## **DOMINGO XXVI ORDINARIO**

Queridos hermanos y hermanas:

El camino de Jesús, que es el nuestro, se muestra domingo tras domingo como serio y que exige opciones valientes y claras.

De nuevo el evangelio nos indica cuál es la sabiduría verdadera: situarnos bien en la vida y reajustar la relación entre los medios y el fin, entre las riquezas y el destino de nuestra vida, de modo que aseguremos lo que más vale la pena, sin dejarnos entretener demasiado por las secundarias.

La parábola de hoy no nos invita tanto a reflexionar en el infierno, o en la credibilidad o no de las apariciones, sino sobre qué uso tenemos que hacer de las riquezas. Es evidente el peligro que apunta Jesús: quedarnos en los medios y no alcanzar el fin, dejarnos deshumanizar por las riquezas, sin hacer lugar en nuestra vida a la solidaridad con los más necesitados. Ser cristiano afecta, no sólo a la oración, sino también a nuestra actuación económica y a nuestra justicia o injusticia social.

Amós pone en evidencia la necesidad de los ricos que no hacen buen uso de sus bienes. Más que necesidad habría que hablar de cinismo, porque así los describe el profeta: viven en la opulencia, ignorando sin ningún remordimiento de conciencia la necesidad que pasan muchos a su alrededor. Ya en su tiempo se ve que había esas escandalosas desigualdades sociales. Él describe sin piedad la despreocupada actitud de los que comen y beben al son de instrumentos musicales y se ungen con buenos perfumes y se acuestan en camas lujosas, sin darse cuenta de que otros pasan necesidad: "no se duelen de los desastres de José". La voz del profeta es tajante: "¡se acabó la orgía: irán al destierro a la cabeza de los cautivos!".



¡Qué diferencia del modo de actuar que tiene Dios, según el salmo: un Dios que hace justicia y da pan a los hambrientos y liberta a los cautivos! El salmo está muy bien elegido como contraste con la actitud de los ricos del Antiguo Testamento y del rico de la parábola de Jesús.

Jesús, en el evangelio, describe con trazos todavía más vivos la reversión de situaciones que se va a dar y que supondrá el estrepitoso fracaso de algunos que están llenos de sí mismos y se desprecupan de los pobres y necesitados. El rico parece absolutamente feliz: se viste de lino y púrpura y se puede permitir banquetes diarios. Del pobre no se preocupa nadie y no tiene ni para comer. Pero al final se aplican las medidas de Dios, no las de los hombres. Al rico no le servirán para nada sus riquezas, que no ha podido llevarse a la otra vida. Se da cuenta -tarde- de que se ha afanado en vano. El pobre, que se ve que había puesto su confianza en Dios, no había perdido lo más profundo, la dignidad humana, y ahora es premiado con una felicidad plena. Y entre ambos hay ahora "un abismo inmenso".

No se dice en ningún momento que los ricos de los que hablan Amós o Jesús hayan conseguido sus riquezas injustamente, ni que hayan robado. Aunque siempre cabe la pregunta de si uno puede llegar a amasar tales fortunas sin pisotear a alguien. Pero aquí no se les desautoriza por el mero hecho de ser ricos. Sino porque están tan llenos de sus riquezas, o sea, de sí mismos, que no piensan ni en Dios ni en los demás.

Jesús llama necias a estas personas porque no han puesto su confianza en algo sólido, sino en bienes efímeros que, a la hora de la verdad, no les servirán de pasaporte a la vida. El rico parecía tenerlo todo, pero llega a la presencia de Dios con las manos vacías, como un pobre en lo que más cuenta.



El aviso nos viene bien a todos. No hace falta que estemos llevando una vida disoluta a base de banquetes diarios, para sentirnos interpelados por las palabras de Amós o de Cristo. Pero podemos tener, en nuestro nivel, los mismos defectos: ¿tenemos la conciencia de que nuestros bienes, no sólo económicos sino también culturales y religiosos, los tenemos que compartir con los demás? ¿estamos cerrados en nuestro egoísmo, olvidando a los demás, sobre todo a los pobres, que nos resultan "incómodos"? ¿estamos apegados a las cosas materiales, embotados por lo secundario y descuidando lo principal? ¿nos extraña que Jesús dijera que es tan difícil que se salve un rico lleno de sus cosas como que un camello pase por el ojo de una aguja?

Cuando en nuestro acto penitencial utilizamos la antigua fórmula del "yo confieso", hay un momento en que nos acusamos de que "he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión".

A los ricos que aparecen hoy en las lecturas se les achaca, sobre todo, su falta de solidaridad. No es que el rico de la parábola haya hecho ningún mal a Lázaro o que lo haya mandado expulsar o pegar. Lo que pasa es que no se ha querido enterar de que existía, y ha seguido haciendo un uso totalmente egoísta de sus bienes.

Esto no sólo pasa en la relación entre naciones ricas y pobres, con sus insoportables y crecientes diferencias, que muchas veces son de una injusticia que clama al cielo. También sucede entre familias, entre comunidades eclesiales y entre personas concretas: todos estamos tentados de ignorar la finalidad de los bienes de este mundo y la necesidad que otros padecen tal vez muy cerca de nosotros. Los "ricos" sólo tienen un "remedio", la conversión y la reparación de sus injusticias u olvidos. Como veremos en el caso de Zaqueo.



Es una llamada a saber usar los bienes de este mundo, a compartir con los demás lo que tenemos. Lo cual deben hacer no sólo los ricos, sino también los pobres (que, muchas veces, lo hacen con mayor generosidad). Todos tenemos algo que compartir. Siempre tenemos al lado personas que tienen menos que nosotros: en el terreno económico o en el afectivo, cultural, religioso."

También cuentan, a la hora de evaluar nuestra vida, los "pecados de omisión". Seremos juzgados por lo que hemos hecho: "tuve hambre y me disteis de comer". Pero también por lo que hemos dejado de hacer: "estuve enfermo y no me visitaron". No vale decir: "yo no mato, yo no robo". ¡Sólo faltaría eso! Pero el mismo Jesús nos ha dicho que se nos juzgará no sólo sobre el bien y el mal que hayamos hecho, sino también por el bien que no hemos hecho. Porque resulta que a nuestro lado había familiares y conocidos y desconocidos que necesitaban nuestra mano tendida, y no nos hemos querido enterar.

¿O nos puede pasar también a nosotros lo que Jesús describía de los hermanos del rico de la parábola? No hacían caso ni de Moisés ni de los profetas, que conocían bien, porque los escuchaban en la sinagoga. Pero seguían igual. A los que están esclavizados por la avaricia y se han instalado en un cómodo egoísmo, no les hará cambiar ni la aparición de un muerto.

**Homilía Pbro. Carlos Chavarría**  
**Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador**